

**CRÍTICA DE TEATRO**

Rigoberto Carvajal  
SANTIAGO

1997

## No esconda la cabeza, vea "La muerte y la doncella"

Hay una gran belleza en la puesta en escena de "La muerte y la doncella" de Ariel Dorfmann, que es el retorno al teatro de este maduro niño maldicido que es el director Abel Carrizo Minfor. El mismo que esconde su talento en los rincones de la Escuela de Teatro de la Universidad de Chile, con tal de cometer una travesura.

Esta vez no hay jergos. Aquí se lanza al rescate de una pieza que fue despreciada en el país, por miedo, un miedo justificable: siempre lo es, pero cuya gracia es superarlo. Es la misma obra que se montó posteriormente en 90 versiones en todo el mundo, en aquas actuaron superestrellas, y que fíli Polanski.

Era obvio que había que rescatarla.

Carrizo montó un espectáculo que es como una serenata, un concierto de música de horror, pero concierto al fin, donde marca esa tónica desde la primera a la última escena con los protagonistas sentados en un palco juntos a sus fantasmas, escuchando "La muerte y la doncella" de Schubert, ejecutada por un excelente cuarteto de cuerdas.

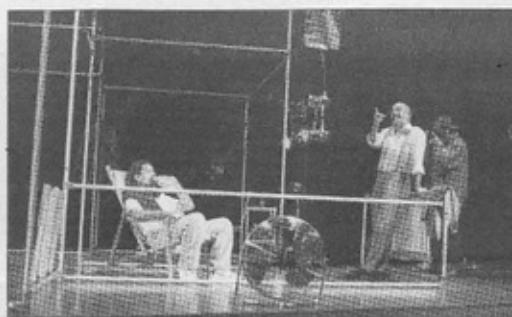
Aquí, de teatro realista no hay nada. Hay vuelo creativo, audacia esceno-

gráfica, coreográfica y una poesía inteligente de un texto que dramaturgicamente no es ni la mitad de bueno que la situación apasionante que plantea.

Porque qué puede ser más inquietante y cautivante que la historia de la mujer de un hombre que acaba de ser nombrado presidente de la comisión de investigación sobre abusos de derechos humanos, que fue torturada y violada sistemáticamente por un médico degenerado y que se encuentra en su propia casa con su torturador. Y someterlo a juicio. Una anécdota maravillosa por lo explotable artísticamente y horroso- sa por lo real.

Este suerte de conocimiento está extraído en forma de movimientos, de escenas cortas, cada una de ellas con principio y final y con trozos sugerentes en la oscuridad. Y aquí está el principal problema visto en la función de extremo el viernes pasado. El ritmo va "in crescendo", pero en forma tan lenta que no ofrece la tensión necesaria para llegar a ese sensacional momento de la confesión del médico.

Es un montaje donde la pasión, la fuerza, el coraje, la rabia, la furia, la locura, el abuso, la violencia está, pero con un ritmo como no muy bien atornillado.



Es un montaje donde la pasión, la fuerza, el coraje, la rabia, la furia, la locura, el abuso, la violencia están, pero con un ritmo como no muy bien atornillado, con los torniquetes sueltos, para decirlo de un modo a tono con las técnicas de la tortura.

Lado, con los torniquetes sueltos, para decirlo de un modo a tono con las técnicas de la tortura. El engranaje del mecanismo del caballete de tortura de seres humanos no está muy bien acertado. En todo caso, todo esto debería solucionarlo Carrizo en unas cuantas funciones más. No es grave dado el grupo de artistas involucrados.

Los personajes son tres: cada uno de ellos con sus fantasmas respectivos bien jugados, y un par de militares que aportan muy buenos momentos plásti-

cos y cada uno de los roles protagonicos son formidables. Hay que empezar, de todas maneras, por Norma Ortiz como la torturadora, una actriz que juega con su registro emotivo al máximo. Pareciera no haber cuerda que no pulsa. Es trágica y también cómica, es la sabiduría y es la locura de la venganza, es el amor y el orgullo, es el dolor y la venganza. Un trabajo bellísimo.

Rodolfo "Rolo" Pulgar es el médico torturador. Es cínico, cobarde, manipulador, astuto, tranquilo y puro como una lágrima y violento como un asesino experimentado. Y pasa prácticamente toda la obra atado hasta llegar al monólogo de la confesión donde deja al espectador con el alma en un hilo, entre la compasión y el vértigo.

Y está el regreso al teatro de Ramón Farias. Esto actor, antes de entrar a la política, era conocido por basar su carrera en su encanto, en su gracia, en su facilidad para empatizar con el público, especialmente el femenino. Pero el ángel y la sensualidad es algo natural a la juventud.

tud, el talento en el oficio hay que trabajarlo con la torzudez obsessiva de un loco para que crezca y se desarrolle. En el papel del marido gallina el talento es obvio, la sensibilidad también, pero su instrumento está flojo, hay que darle más trabajo, hay que "torturarlo" con ensayos y ejercicios, así la municipalidad se le esté quemando. Los regresos al teatro son o no son. Y en el caso de Farias debe serlo. Se lo debe. En la escena está su vida, y eso se nota cuando patea al médico. Aquí no hay discusión, por buen alcalde que sea.

En cuanto al mensaje de reconciliación de la obra, no es tal. Los personajes se abrazan con sus fantasmas, no con sus victimarios. Deciden vivir ya más en paz cuando conocen la verdad, pero el dolor no los dejará nunca y el perdón no es cosa de llegar y entregar.

Ver "La muerte y la doncella" es una experiencia fuerte y bella y con el correr de las funciones lo será más. Lo único estupido de la obra aún no se ha comentido y es asarcir del papel al excelente Rodolfo Pulgar, para recomplacérselo por una persona que no es artista. Es cierto que serán dos funciones a beneficio del Pequeño Cottolengo, pero el público que va al teatro se merece seriedad y respeto, como lo que se le brindó en el estreno.

30

## No esconda la cabeza, vea "La muerte y la doncella" [artículo] Rigoberto Carvajal

Libros y documentos

### AUTORÍA

Carvajal, Rigoberto

### FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

### FORMATO

Artículo

### DATOS DE PUBLICACIÓN

No esconda la cabeza, vea "La muerte y la doncella" [artículo] Rigoberto Carvajal. retr.

### FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)